

Mujeres en la guerra de la Independencia según Galdós

Women in the War of Independence According to Galdós

LAVINIA SIMILARU
Universitatea din Craiova
lavinia_similaru@yahoo.es

Palabras clave

Galdós; historia; *Episodios nacionales*; guerra de la Independencia; mujeres.

Es harto conocido que Benito Pérez Galdós quiso competir con los libros de historia, pero narrando los acontecimientos de manera mucho más amena, incluyendo detalles de la vida privada de los españoles del siglo XIX. En la primera serie de los *Episodios nacionales* narra lo ocurrido en España entre la batalla de Trafalgar (1805) y la batalla de los Arapiles (1812), mientras que la segunda empieza con la retirada del rey José Bonaparte y la batalla de Vitoria, que cierra la guerra de la Independencia (1813). La guerra en contra de los franceses afectó de manera muy dramática la vida de todos los españoles. Numerosas mujeres tomaron parte en los acontecimientos, de mil maneras: llevando comida a los soldados, curando a los heridos, incluso empuñando las armas y matando a los enemigos. Hubo madres que arengaron a sus hijos y los mandaron a morir por la patria. Muchas mujeres se tuvieron que encargar de la cosecha y de los hijos, para asegurar la perduración de la vida.

Keywords

Galdós; history; *The National Episodes*; the War of Independence; women.

It is a well-known fact that Benito Pérez Galdós wanted to compete with history books, yet preferred to narrate the events in a much more entertaining way, including details of the private lives of 19th-century Spanish people. In the first series of *The National Episodes*, he narrates what happened in Spain between the battle of Trafalgar (1805) and the battle of the Arapiles (1812), whereas the second series begins with the retreat of King José Bonaparte and the battle of Vitoria, which ends the War of Independence (1813). The war against the French affected the lives of all Spanish people in a very dramatic way. Many women took part in the events, in a thousand ways: bringing food to the soldiers, healing the wounded, even taking up weapons and killing the enemies. There were mothers who harangued their children and sent them to die for their country. Many women had to take care of the harvest and the children in order to preserve human life.

1. La España del siglo XIX en los *Episodios nacionales*

Absolutamente nada que concierna a la sociedad española le escapa al “verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española” (Río, 1982: 295).

Enunciamos un truismo al afirmar que Benito Pérez Galdós anheló y consiguió narrar las vivencias más nimias de los españoles del siglo XIX, por eso sus obras conforman la historia novelada de la España del siglo XIX.

Los *Episodios nacionales* “o no son nada, o son el vivir, el sentir y hasta el respirar de la gente” (Galdós, 2021c: 1249), una magnífica lección de historia de España, mil veces superior a la que se halla siempre en “los abultados libros en que sólo se trata de casamientos de reyes y príncipes, de tratados y alianzas, de las campañas de mar y tierra, dejando en olvido todo lo demás que constituye la existencia de los pueblos” (1249).

Galdós escribió las diez novelas que constituyen la primera serie de los *Episodios nacionales* entre 1873 y 1875, para referir en ellas lo ocurrido en España desde las postrimerías del reinado de Carlos IV y durante la guerra de Independencia. Esto quiere decir desde la famosa batalla naval de Trafalgar (1805), en la que la armada inglesa del almirante Nelson derrotó a la armada franco-española, hasta la batalla de los Arapiles, en la que el ejército anglo-español venció al ejército francés de Napoleón. El autor quiso crear un lazo entre las primeras dos series de los *Episodios nacionales*, de manera que la segunda serie empieza con la retirada del rey José Bonaparte y la batalla de Vitoria, que cierra la guerra de la Independencia (1813).

En palabras del mismo Galdós,

Vino Napoleón y despertó todo el mundo. La frase castellana *echarse a la calle* es admirable por su exactitud y expresión. España entera se echó a la calle, o al campo; su corazón guerrero latió con fuerza, y se ciñó laureles sin fin en la gloriosa frente; pero lo extraño es que Napoleón, aburrido al fin se marchó con las manos en la cabeza, y los españoles, movidos de la pícaro afición, continuaron haciendo de las suyas en diversas formas, y todavía no han vuelto a casa. (2022d: 1076)

No hay que asombrarse de que, durante la guerra de la Independencia, los españoles profesen un odio mortal a los invasores, que son “los verdugos del pueblo de Madrid” (Galdós, 2022b: 409).

Gabriel Araceli, el entrañable protagonista de la primera serie de los *Episodios nacionales*, sobrevive a los fusilamientos de Moncloa y, una vez restablecido, sale a la calle y descubre un Madrid lleno de miedo y de odio hacia los invasores: “El odio a los franceses no era odio, era un fanatismo de que no he conocido después ningún ejemplo; era un sentimiento que ocupaba los corazones por entero sin dejar hueco para otro alguno, de modo que el amar a los semejantes, el amarse a sí mismo, y hasta me atrevo a decir el amar a Dios se adoptaban y sometían como fenómenos secundarios al gran aborrecimiento que inspiraban los verdugos del pueblo de Madrid” (409).

Mientras los franceses están en su bella ciudad, los madrileños apenas se dejan ver, cuando salen, andan todos callados y sombríos.

En *Zaragoza*, don José Montoria pierde a Manuel, su hijo primogénito, y al hijito de éste, su nieto, pero encuentra la fuerza de ánimo para decirle a su otro hijo: “Agustín, hijo mío: más vale que te vayas a las filas. Los jefes pueden echarte de menos, y creo que hace falta gente en la Magdalena. Ya no tengo más hijo varón que tú. Si mueres ¿qué me queda? Pero el deber es

lo primero, y antes que cobarde prefiero verte como tu pobre hermano con la sien traspasada por una bala francesa” (Galdós, 2022d: 753).

Hay hambre y enfermedades. Los horrores de la guerra ocupan mucho espacio en el relato, pero también la solidaridad y el calor humano. Galdós confiesa: “yo quiero que aquí, como en la Naturaleza, las pequeñas cosas vayan al lado de las grandes, enlazadas y confundidas, encubriendo el misterioso lazo que une la gota de agua con la montaña y el fugaz segundo con el siglo, lleno de historia” (2022f: 1115).

El escritor canario no rehúye a los reyes y aristócratas, a los ministros y generales, pero le entusiasma mucho más el “pueblo, que con su miseria, sus disputas, sus dichos picantes, hacía la historia que no se escribe, como no sea por los poetas, pintores y saineteros” (Galdós, 1945: 548). En una sociedad muy polarizada y llena de injusticia, Galdós toma partido por los numerosos e infelices. La historia es ingrata y olvidadiza, siempre ignora a sus propios creadores —“no queda noticia del heroísmo individual en la historia” (2022b: 163)— y Galdós trata de suplir esta falta. Max Aub en su *Manual de historia de la literatura española* sugiere que las novelas del escritor canario deberían sustituir los manuales de historia, ya que en estos últimos se aprende mucho menos.

Según la tradición de la novela histórica, Galdós menciona en sus obras acontecimientos históricos conocidos, gloriosos o lamentables, y personalidades famosas, que existieron realmente y que contribuyeron o incluso provocaron dichos acontecimientos, al lado de otros, ficticios. Hoy en día es muy difícil distinguir qué prestó de la vida y qué inventó: “La realidad de la historia y la fantasía del novelista se alían armoniosamente en los episodios galdosianos para ofrecer, con las naturales y justificables licencias, una imagen verosímil y aleccionadora de la España contemporánea; lo que Galdós inventa, se ajusta muy cabalmente al sucedido histórico: está a su servicio y lo complementa” (Menéndez Peláez *et al.*, 2005: 334).

María Zambrano destaca en la obra de Galdós el “conflicto entre vida personal e historia”, puesto que la vida, “la de todos y cada uno de los personajes que la pueblan” está “apresada en la historia” (1989: 30). El escritor logró plenamente su propósito: “La historia, las historias que cuenta Galdós, lo son de una vida arrolladora. Una vida arrolladora, que se pierde y se deshace en historias, que se desangra en ellas literalmente” (29).

La ensayista no se equivoca: en la obra de Galdós, la vida y la historia son consustanciales. Por eso, un siglo después del fallecimiento del autor, las novelas de Galdós ofrecen un inestimable tesoro de informaciones históricas y antropológicas.

2. Las mujeres en la guerra de la Independencia según Galdós

2.1. La importancia de la mujer en la obra de Galdós

Es hartamente conocido que el autor canario concedió una importancia primordial a la mujer en su obra. Su inmenso talento literario, su sensibilidad, su empatía, sus dotes de psicólogo le permitieron plasmar sublimes retratos de mujeres. No hay duda de que hace hincapié en la mujer y su condición, lo que constituía una gran novedad en la literatura española. La ensayista María Zambrano, gran admiradora de Galdós, lo destacaba: “Galdós es el primer escritor español que introduce a todo riesgo las mujeres en su mundo. Las mujeres, múltiples y diversas; las mujeres reales y distintas, «ontológicamente» iguales al varón. Y ésta es la novedad, ésa la deslumbrante conquista. Existen como el hombre, tienen el mismo género de realidad, es lo decisivo y lo primero que se da a ver” (188).

A su vez, Isabel González y Gabriel Sevilla no dejan de resaltar en la obra de Galdós los intentos de llamar la atención sobre la deplorable e injusta condición de la mujer en el siglo

XIX: “Pocas son las posibilidades que la sociedad ofrece a la mujer para no quedar relegada a las tareas domésticas, poder ejercitar su inteligencia, cultivar su creatividad y desenvolverse libre e independientemente en el espacio social” (2017: 57).

El autor de *Tristana* da testimonio de la condición de la mujer en su época y demuestra entenderla mucho mejor que la mayoría de sus contemporáneos. Subraya el papel ornamental que la sociedad decimonónica concedía a la mujer. Las mujeres no estudiaban, no podían ejercer profesiones dignas para poder vivir de su trabajo y estaban condenadas a depender económicamente de los hombres, lo que les quitaba la libertad. Lamentablemente, “en el nuevo tipo de sociedad [...] el dinero es la mercancía suprema sin la cual es imposible la adquisición de ninguna otra mercancía, las mujeres, salvo rarísimas excepciones, no tienen acceso a él si no es a través de los hombres” (Blanco; Blanco Aguinaga, 1994: 20).

En el mundo de Galdós —reflejo fiel del mundo real, como aspiraba a crear cualquier escritor realista—, hay mujeres cultas y mujeres analfabetas, hay mujeres frívolas, preocupadas sobre todo por su propio aspecto exterior y mujeres altruistas, que se esfuerzan en ayudar a los demás, mujeres bondadosas y mujeres malvadas, mujeres modestas y mujeres arrogantes, mujeres tiernas y mujeres frías, calculadoras...

Un lugar fundamental asigna el escritor preclaro a las costumbres y las preocupaciones de las mujeres, a los sentimientos y las vivencias de sus contemporáneas, sobre todo los fundamentales, como el amor y el instinto maternal.

En las novelas de Galdós hay mujeres de todas las capas sociales y de todas las profesiones que éstas podían ejercer. El escritor denuncia constantemente la marginalización de la mujer, su exclusión de los ámbitos relevantes de la sociedad. Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que la emancipación de la mujer es uno de los temas predilectos de Galdós.

2.2. Mujeres en la guerra de la Independencia

2.2.1. Madres

2.2.1.1. Doña María de Rumblar

Doña María, condesa viuda de Rumblar, aparece en *Bailén*, la cuarta novela de la primera serie de los *Episodios nacionales* y es una gran creación de Galdós.

Su ropa negra, sus gafas y sus canas impresionan a Gabriel Araceli y la convierten en “la imagen del respeto antiguo, conservada para educar a las presentes generaciones” (Galdós, 2022b: 52).

Se trata de una mujer de alcurnia, que honra su origen noble y ofrece hospitalidad a los que la necesiten, sobre todo si están dispuestos a luchar en contra de los franceses. Es generosa con ellos: “...esta apreciable señora que era doña María Castro de Oro, de Afán de Ribera, condesa de Rumblar, nos recibió con tanto agasajo, nos ponderó de tal modo la ruindad de las posadas y ventas de la villa, que no tuvimos por conveniente hacernos de rogar, y aceptamos la hospitalidad que se nos ofrecía” (422).

Los franceses han invadido el país y los varones tienen que combatir. La condesa aprovecha la oportunidad para pronunciar un memorable discurso de madre con el alma desgarrada entre el afecto materno y el deber de defender la patria:

Hijo mío, mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataría de pena, sino que aniquilaría nuestra casa y linaje. Eres mi único varón, eres el alma de esta casa, y sin embargo, es preciso que vayas a la guerra. Sangre valerosa corre por tus venas y estoy bien segura de que a pesar de tus pocos años dejarás en buen lugar el

nombre que llevas. Todos los jóvenes se deben a su rey y a su patria en estos terribles días en que un miserable extranjero se atreve a conquistar a España. Hijo mío, mucho te amo; pero prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses, a que se diga que el hijo del conde de Rumblar no disparó un tiro en defensa de su patria. (425)

No cabe la menor duda: doña María de Rumblar prefiere ver a su hijo muerto que deshonrado. A pesar de este discurso, más tarde la condesa perdonará a su hijo la cobardía y el comportamiento ridículo. Al entregar a su hijo un sable antiguo, que había pertenecido a un ilustre y valiente antepasado, la condesa de Rumblar no pierde su entereza, se muestra imperturbable y llena de aplomo. En cambio, don Diego, el hijo, llega a llorar en aquel trance tan dramático.

El joven don Diego de Rumblar desaparece al final de la batalla de Bailén, lo que obliga a la condesa a buscar con una angustia inmensa el cadáver de su hijo entre los caídos. Las dos hijas de la condesa y hermanas del militar improvisado lloran muy afligidas, en vestidos negros. Doña María, a su vez enlutada y grave, “conservaba seco el rostro, aunque visiblemente alterado, la mirada fija y valerosa y el andar muy firme” (497). Está muy apenada, llena de miedo, teme encontrar los restos de su hijo muerto en la batalla, pero es capaz de razonar y, al encontrar a Gabriel Araceli, le hace preguntas muy precisas: “¿Conque no parece el niño? ¿Cuándo le perdiste de vista durante la batalla?” (497). Hace el esfuerzo de indagar, como si fuera un comisario de policía de nuestros días. Añade que habían empezado por buscarlo entre los heridos y no evita la palabra más dolorosa: “Yo creí que estuviera entre los heridos; pero no está. ¿Todos los muertos han sido recogidos del campo de batalla?” (497). Si no está entre los heridos, lo más probable es que haya fallecido en la batalla y doña María lo sabe perfectamente. Sin embargo, lo acepta con una serenidad que asombra a Gabriel Araceli. No se deja derrumbar por la angustia ni un segundo. Encuentra en sus adentros la fuerza de preguntar cómo se había portado su hijo en la batalla. Con mucha piedad, con la esperanza de aliviar un poco el dolor de aquella madre, que supone inmenso, Gabriel Araceli la asegura que de manera muy heroica. Ella quiere saber más: “¿Los jefes advirtieron su valor? ¿Elogiaron su bizarría, recordando el linaje de mi hijo?” (497). La señora concede mucha importancia al prestigio de la familia. No puede ocultar su orgullo por tener un hijo héroe, que había honrado el ilustre apellido que llevaba. Tiene la entereza de averiguar la identidad de los caídos:

Llegamos a un punto en que se distinguía un cuerpo tendido boca abajo sobre el suelo. Nos estremecimos todos, y Asunción y Presentación se abrazaron llorando a gritos. La curiosidad luchó un instante en nosotros con el temor, pues deseábamos acercarnos al cadáver por ver si era D. Diego, y temíamos llegar a él por si acaso era. Doña María fue la primera que dio un paso y la seguimos todos. Aquel cadáver solitario de un hombre muerto por la patria, no había encontrado todavía ni un pariente, ni un amigo, ni un camarada que se cuidase de él. No era D. Diego. (498)

Dedican un breve rato a rezar con piedad por el muerto desconocido y siguen su camino. Recorren con valentía el campo sembrado de muertos y doña María nunca vacila: “Seguimos andando, y en otro sitio encontramos algunos cadáveres, que la condesa con heroísmo sobrenatural examinaba cara a cara hasta convencerse de que su hijo no estaba allí” (498). Por

la noche, cuando llegan a casa, “ni una lágrima brotó de los ojos de doña María” (498). Insiste en que Gabriel Araceli le repita que su hijo “ha muerto con honor” (498), ya que es su único alivio y consuelo. Gabriel Araceli llega a concluir que la condesa es una “mujer de acero” (499).

La realidad distaba mucho del compasivo relato de Gabriel Araceli: don Diego no se había comportado como un héroe, no había cometido ninguna hazaña, no había matado a ningún enemigo de su patria, sino todo lo contrario: en su ignorancia, se había hecho amigo de los enemigos de su patria. No había hecho más que perderse simplemente y había acabado en las filas del enemigo, donde había divertido a los franceses con sus romances. Su talento de recitador había cautivado a los franceses y éstos le habían perdonado la vida. Más tarde, cuando lo encuentran sus amigos, se comporta como un saltimbanco.

A pesar de su patriotismo y de sus aspiraciones heroicas, doña María sigue siendo madre amorosa. Cuando vuelve a ver a su hijo que creía muerto, “sin poder contener en los límites de la dignidad su maternal cariño” (495), lo abraza y lo besa.

Después, el joven tiene que referir sus peripecias en el ejército francés delante de toda la familia y de su prometida. A doña María le cuesta enormemente ocultar la furia y la indignación que le provoca el relato: “Doña María callaba; pero en su pecho rugía iracunda y atormentadora la tempestad. [...] Doña María se llevó la mano a los ojos” (505). El joven sigue su relato y el descontento de la madre va en aumento: “Doña María aferró sus manos a los brazos de la silla como si quisiera estrujar la madera entre sus dedos” (506). La irritación de la condesa no tiene límites y el autor emplea una sarta de verbos para describirla: “¡Ay! Doña María se llevó las manos a la cabeza, doña María cerró los ojos, doña María golpeó el suelo con su pie derecho, doña María semejava la imponente imagen de la tradición aplastando la hidra revolucionaria” (506). Pero el torpe hijo de la condesa no advierte nada y no duda en añadir detalles humillantes y a la vez hilarantes a su relato. Entonces, “Doña María no podía resistir más. Iba a estallar su furibunda cólera; pero aún era mayor el caudal de su prudencia que el caudal de su enojo... se contuvo y cerró otra vez los ojos ya que no podía cerrar los oídos” (506).

2.2.1.2. Doña Fermina de Pipaón

En *El equipaje del rey José*, primera novela de la Segunda serie, doña Fermina de Pipaón también afirma que “más quería verlo muerto que sirviendo a los franceses” (Galdós, 2021a: 48). Se refiere a su hijo Salvador Monsalud. La pobre mujer se desmaya al ver que su hijo lleva el uniforme francés: “La buena mujer abalanzose a recibirle con expresión de frenético contento; mas al tocarle con sus manos y al verle casi en sus brazos, su semblante se alteró de súbito, lanzó una exclamación de espanto, y cerrando los ojos y echando la cabeza atrás, cual si descargase sobre ella el rayo de instantánea muerte, cayó sin sentido al suelo” (49). Lo único que puede pronunciar es “¡Hijo mío!... ¡francés!!”, una frase “empezada con ardiente cariño y concluida con terror” (49).

En casa se encuentra la vieja Perpetua, una mujer que había cumplido cien años y era muy respetada por la comunidad, por sus obras piadosas y sus buenos consejos. Viendo lo ocurrido, la vieja Perpetua no duda en llamar a Salvador “monstruo” amenazándole con un palo y discurre: “La muerte del hijo que perece en los campos de batalla destroza el corazón, pero no afrenta; la traición del hijo desvergonzado, que comete la infamia de pasarse al enemigo, es el más vivo de los dolores de una madre española” (50).

Salvador Monsalud había aceptado servir a los franceses por pobreza y era leal, no pensaba traicionar a quien le daba de comer.

2.2.1.3. Doña Leocadia de Montoria y su nuera

En *Zaragoza*, la séptima novela de la Primera serie, durante el dramático sitio de la ciudad, doña Leocadia, esposa del memorable héroe don José Montoria, pierde a su hijo mayor, Manuel, y a su nieto. La suegra y la nuera se quedan sin sus hijos. Es un momento de gran dramatismo, las escenas descritas por Galdós son desgarradoras. Manuel Montoria es fusilado y a doña Leocadia le cuesta aceptar la muerte de su hijo: "...su madre no se había decidido aún a creer que estaba muerto, y poniendo la cabeza del cadáver sobre sus rodillas, quería reanimarle con ardientes palabras. [...] Doña Leocadia no tenía vida más que para llorar, besando incesantemente el frío cuerpo de su hijo" (Galdós, 2022d: 751).

El hijo de Manuel Montoria, un niño de cuatro años, se muere por la epidemia que habían provocado la miseria y el hambre, en la ciudad cuyas calles estaban llenas de cadáveres. La madre del niño está desesperada y no sabe qué hacer: "Con el ansia de salvarle, la madre y las demás mujeres que le hacían compañía martirizaban al infeliz niño aplicándole los remedios que cada cual discurría; pero bastaba ver a la víctima para comprender la imposibilidad de salvar aquella naturaleza, que la muerte había asido ya con su mano amarilla" (750).

2.2.2. Mujeres enamoradas

2.2.2.1. Rosita

En *Trafalgar*, la novela que abre los *Episodios nacionales*, presenciamos la tierna y grave despedida de Rosita y su prometido Rafael. Él se tiene que ir a Cádiz, para presentarse ante sus superiores: "Imposible pintar con palabras ni por escrito lo que vi en el semblante de mi señorita cuando aquellas frases oyó. Los dos novios se miraron, y un largo y triste silencio siguió al anuncio de la próxima partida" (Galdós, 2022a: 57). Durante la cena, apenas hay conversación. Al acabar de comer, ... "Cuando Malespina salió del cuarto, estaba más pálido que un difunto. Despidiose a toda prisa de mis amos, que le abrazaron con el mayor cariño, y se fue. Cuando acudimos a donde estaba mi amita, la encontramos hecha un mar de lágrimas: tan grande era su dolor, que los cariñosos padres no pudieron calmar su espíritu con ingeniosas razones, ni atemperar su cuerpo con los cordiales que traje a toda prisa de la botica" (59).

2.2.2.2. La esposa de Manuel Montoria

Es una mujer joven, que acaba de perder a su hijito y se da cuenta de que, a pocos metros, en la misma calle, yace el cadáver de su marido. El escritor se limita a consignar los hechos, apenas comentándolos: "En el mismo instante oyose un grito desgarrador, no lejos de allí, y una mujer corrió despavorida hacia nosotros. Era la mujer del desgraciado Manuel, viuda ya y sin hijo. Varios de los presentes nos abalanzamos a contenerla para que no presenciase aquella escena, tan horrible como la que acababa de dejar y la infeliz dama forcejeó con nosotros, pidiéndonos que la dejásemos ver a su marido" (Galdós, 2022d: 752).

2.2.2.3. Mariquilla Candiola

En *Zaragoza*, Mariquilla Candiola está enamorada de Agustín Montoria. Él va por las noches a verla y pasan un rato abrazados en el jardín. Gabriel Araceli, amigo de él, es testigo. Bombas atraviesan el cielo y las campanas llaman a las armas. Con todo el dolor de su alma, Agustín se despide de su amada y se va a encontrarse con sus camaradas y a luchar al lado de ellos, mientras "la infeliz Candiollilla, que muerta de miedo, derramando lágrimas y con las manos cruzadas en disposición de orar, nos miraba partir, aún envuelta en la sombra del ciprés

que nos había dado abrigo” (718). Al final, Agustín sobrevivirá, pero a ella la encontrará muerta.

2.2.2.4. Genara

La novela *El equipaje del rey José* presenta a Genara, la novia de Salvador Monsalud. Según esta joven española, el español que ayuda a los enemigos “es un traidor cobarde, un ser despreciable, un Judas. Los perros de España merecen más consideración que el que tal vileza comete” (Galdós, 2021a: 58). Está enamorada de Salvador Monsalud y sospecha que él había cometido aquella vileza. Le dice sin vacilar: “Si tú la cometieras, Salvador, no sólo te aborrecería, sino que me mataría la vergüenza de haberte querido” (58). No duda en pedirle a Carlos Navarro —un joven valiente, que se había destacado por sus hazañas guerreras, combatiendo en contra de los franceses— que mate a Salvador: “¡Navarro, mátales, mátales sin piedad!” (62). Genara rechazará a Salvador Monsalud y se casará con Carlos Navarro, a pesar de amar al primero. El matrimonio será infeliz y la mujer lamentará la nefasta elección.

Esta actitud es provocada por “la inmensidad del sentimiento patrio” (50). Es lo que asegurará la sobrevivencia de España: “Contra aquello ¿qué podían José ni Napoleón con todos sus ejércitos? Sobre aquel sentimiento, sobre aquel odio de las muchachas a todo el que no fuera patriota, descansaba la inmortalidad nacional, como una montaña sobre sus bases de granito” (50).

2.2.3. Heroínas

2.2.3.1. Manuela Sancho

Galdós evoca en *Zaragoza* a Manuela Sancho, una heroína documentada de la guerra de la Independencia, cuyo nombre lleva desde entonces una calle del casco antiguo de la ciudad. Es una heroína muy conocida y muy amada, de manera que Galdós no puede inventar nada; consigna lo que aseguran los libros de historia: Manuela Sancho se dedica a llevar agua y comida a los soldados, después aprende a coger el fusil y a disparar. Nada detiene a la valiente mujer, que en el tumulto de la batalla acaba herida:

En una de las zanjas abiertas en la calle, una mujer, más que ninguna valerosa, Manuela Sancho, después de hacer fuego de fusil, disparó varios tiros en la pieza de a 8. Mantúvose ilesa, durante gran parte del día, animando a todos con sus palabras, y sirviendo de ejemplo a los hombres; pero serían las tres de la tarde cuando cayó en la zanja, herida en una pierna, y durante largo tiempo confundiose con los muertos, porque la hemorragia la puso exánime y con apariencia de cadáver. Más tarde, advirtiendo que respiraba, la retiramos, y fue curada, quedando tan bien, que muchos años después tuve el gusto de verla viva. (Galdós, 2022d: 743)

2.2.3.2. Mujeres anónimas, que ofrecen su ayuda

La presencia de las mujeres es constante en los *Episodios nacionales*; en la guerra de la Independencia, ellas ayudan de mil maneras a sus esposos, padres o hijos. En primer lugar, se encargan de criar a los hijos y de asegurar la comida. Si los hombres van a la guerra, las mujeres tienen que sembrar, labrar y recoger la cosecha.

Cuando las tropas de Napoleón se acercan a la capital, los madrileños preparan la defensa de su ciudad. Las mujeres de todas las clases sociales ofrecen su ayuda:

Las señoras, no contentas con afiliarse en la congregación del *lavado y cosido*, dirigieron a las autoridades una exposición en que se ofrecían a ayudar *ya llevando espuestas de tierra*, ya ocupándose en lo que se les mandase. No es esto invento mío, y la exposición existe impresa donde el incrédulo podrá verla si aún duda de la grandeza de ánimo de las señoras de aquel tiempo. Y al decir *señoras*, se comprende que no me refiero a aquellas de quienes en otro lugar de este relato tengo hecha mención, pues las del Rastro y Maravillas tenían especial gusto en pasearse por todo Madrid arrastrando un cañón entre seguidillas y chanzonetas: me refiero a las más altas hembras, a quienes vi empleadas en menesteres indignos de sus delicadas manos. (Galdós, 2022c: 572)

Varias mujeres humildes, que hablan el español de las calles populares, se presentan para alistarse y piden el correspondiente fusil. Los hombres que se encargan de los trámites las ironizan, pero ellas no tardan en replicar, lo que provoca diálogos hilarantes. Hay que destacar el machismo y el desprecio hacia las mujeres:

—¿Pero qué buscan Vds. aquí? —exclamó Pujitos abriendo los brazos en actitud amenazadora—. Fuera mujeres, que no sirven sino de estorbo. Condenáas, ¿por qué no van a sacar tierra en los Pozos?
—Ya hemos sacado tierra, ¡y lástima que no fuera de tu sepultura!
—¿Pues qué queréis, demonios?
—¿Qué hamos de querer? ¡Fusiles, piojo! ¿Te los han dado a ti y a tu batallón pa quitar telarañas? Vengan acá pronto, que nosotras también nos alistamos. (573)

Interviene un sacerdote, pero tiene la misma actitud irónica y acaba usando un refrán machista: “Alistaros, ¡oh valientes amazonas! Pero niñas, ¿no veis que en vuestras manos mejor sienta el hilo de oro y las sargas de perlas, que el temido alfanje damasquino? Vaya, idos a rezar, que la mujer honrada la pierna quebrada y en casa” (574).

A pesar de este trato humillante, algunas no dudan en empuñar el fusil. El médico Nomdedeu relata que en Gerona “se está formando hoy el batallón de señoras, de que es coronela doña Lucía Fitz-Gerard” (Galdós, 2022c: 795). La criada del médico “salió ayer con su fusil y volvió diciendo que había matado no sé cuántos franceses” (808).

En la guerra, las mujeres se encargan antes que nada de llevar comida a los soldados. Gabriel Araceli relata: “Nos desayunamos muy contentos con lo que las mujeres del barrio, altas y bajas, bonitas y feas nos traían en repletas cestas” (Galdós, 2022c: 592).

Avisan a los soldados de un peligro inminente: “Una mujer subió azorada por una escalerilla, diciéndonos que los franceses estaban abriendo un boquete en la pared de la cuadra, y bajamos al instante” (Galdós, 2022d: 723).

Se encargan de los heridos: “Las campanas de todas las iglesias tocaban a la vez con lúgubre algazara, y a cada paso se encontraban grupos de mujeres transportando heridos” (724).

Cuando el enemigo acomete con encarnizamiento, las mujeres cogen el fusil:

Desde las ventanas se hacía un fuego horroroso. Recordando una frase del mendigo cojo *Sursum Corda*, puedo decir que nuestra alma era toda balas. En el interior de las casas corría la sangre a torrentes. El empuje de la Francia era

terrible; y para que la resistencia no fuese menor, las campanas convocaban sin cesar al pueblo, los generales dictaban órdenes crueles para castigar a los rezagados; los frailes reunían gente de los otros barrios, trayéndola como en trailla, y algunas mujeres heroicas daban el ejemplo, arrojándose en medio del peligro, fusil en mano. (742)

2.2.4. Monjas

Los franceses derrumban conventos, queman catedrales como la de Solsona y después su nefasto frenesí requiere emociones de otra índole para aplacarse. No dudan en violar a las monjas: “También pusieron mano en los conventos, encariñándose demasiado con los de religiosas, donde cometieron desafueros que mejor están callados que referidos” (Galdós, 2021b: 845). Los franceses dejan recuerdos muy amargos en el convento, cuyo edificio prácticamente reducen a ruinas y de donde roban numerosas obras de arte. Años más tarde, una de las monjas sobrevivientes evoca horrorizada la trágica profanación cometida por “una soldadesca infame” (862). Nada puede borrar unos recuerdos tan terribles: “yo vi a tres hermanas degolladas y a otras injuriadas horriblemente. Los pocos cabellos que tengo se erizan todavía en mi cabeza al recordar aquel día de Setiembre de 1810” (Galdós, 2021c: 862).

Conclusiones

Cualquier guerra acaba perjudicando inevitablemente a los seres humanos que viven en el territorio donde se desarrollan las hostilidades. Los españoles se vieron obligados a defenderse de los franceses y lo hicieron unidos, hombres, mujeres y niños. El papel de las mujeres en la guerra fue muy variado: si algunas llegaron a empuñar las armas, otras se encargaron de recoger la cosecha, de velar por los hijos y de cuidar a los heridos. Las madres miraban apenadas a sus hijos convertidos en soldados, pero —con todo el dolor de sus almas— los animaban a morir por la patria. Podemos concluir que cada una de aquellas mujeres fue a su manera una heroína.

BIBLIOGRAFÍA:

- AUB, Max (1978). *Manual de historia de la literatura española*. Madrid: Akal.
- BLANCO, Alda; BLANCO AGUINAGA, Carlos (1994). Introducción. En Benito PÉREZ GALDÓS, *La de Bringas* (pp. 9-45). Madrid: Cátedra.
- GONZÁLVEZ, Isabel; SEVILLA, Gabriel (2017). Introducción. En Benito Pérez Galdós, *Tristana* (pp. 9-106). Madrid: Cátedra.
- MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús *et al.* (2005). *Historia de la literatura española* (vol. III). León: Everest.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1945). *Prim*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2021a). *El equipaje del rey José*. En *Episodios nacionales*. Segunda serie. *La España de Fernando VII* (pp. 25-139). Barcelona: Ediciones Destino.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2021b). *Un voluntario realista*. En *Episodios nacionales*. Segunda serie. *La España de Fernando VII* (pp. 843-968). Barcelona: Ediciones Destino.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2021c). *Un faccioso más y algunos frailes menos*. En *Episodios nacionales*. Segunda serie. *La España de Fernando VII* (pp. 1107-1253). Barcelona: Ediciones Destino.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2022a). *Trafalgar*. En *Episodios nacionales*. Primera serie. *La guerra de la Independencia* (pp. 31-124). Barcelona: Ediciones Destino.

AIC

PÉREZ GALDÓS, Benito (2022b). *Bailén*. En *Episodios nacionales*. Primera serie. *La guerra de la Independencia* (pp. 391-509). Barcelona: Ediciones Destino.

PÉREZ GALDÓS, Benito (2022c). *Napoleón en Chamartín*. En *Episodios nacionales*. Primera serie. *La guerra de la Independencia* (pp. 511-654). Barcelona: Ediciones Destino.

PÉREZ GALDÓS, Benito (2022d). *Zaragoza*. En *Episodios nacionales*. Primera serie. *La guerra de la Independencia* (pp. 657-780). Barcelona: Ediciones Destino.

PÉREZ GALDÓS, Benito (2022e). *Gerona*. En *Episodios nacionales*. Primera serie. *La guerra de la Independencia* (pp. 783-894). Barcelona: Ediciones Destino.

PÉREZ GALDÓS, Benito, (2022f). *Juan Martín el Empecinado*. En *Episodios nacionales*. Primera serie. *La guerra de la Independencia* (pp. 1051-1175). Barcelona: Ediciones Destino.

RÍO, Ángel del (1982). *Historia de la literatura española* (vol. 2). Barcelona: Bruguera.

ZAMBRANO, María (1989). *La España de Galdós*. Madrid: Endymion.